

EL AVESTRUZ

JAIME COLLAZO ODRIZOLA

Para Armando Cárdenas, venezolano amigo, que quince o dieciséis años atrás me dió este asunto y de quien nunca supe su verdadero nombre.

Cuando el comandante le informó que debía elegir nueve hombres para salir a la madrugada a poner la emboscada en la cuesta de Itacubí, recién pudo desprenderse de la maraña pegajosa de recuerdos que no lo habían dejado en paz en todo el día. Incluso las preguntas que a intervalos regulares le hacía Celia desde tiempos inmemoriales, ese día no solo no lo distraían haciéndolo salir de sí mismo, sino que contribuían a sumirlo más en ese pozo de evocaciones nostálgicas, sumisas, desesperantes. No por los temas que ni siquiera registró en el momento de dar sus mecánicas respuestas, sino por la misma monotonía rutinaria con que esos intercambios verbales automáticos se venían repitiendo desde hace once o trece años. En la Universidad jamás se le hubiera ocurrido, a pesar de ser un joven imaginativo, que alguien pudiera participar activamente en esos sarcasmos esperpénticos, en esas caricaturas de conversación. Pero ahora reconocía que aunque no hubiera tomado conciencia hasta este preciso día, hacía mucho tiempo que el rito se celebraba con puntual religiosidad.

Celia era una buena mujer y jamás le había creado grandes dificultades, pero en su fuero interno no podía perdonarle que hubiera extraviado aquella gracia con que bajaba por la calle Merced en las tardes de otoño, aquella alegría que llevaba adherida a la piel y contagiaba a cuantos se le acercaban en la playa, en el parque, en las plazas; la vitalidad trasmisible con que emprendía todo lo que se proponía. La conoció huracán y la vió perder fuerzas hasta quedar en un aire suave, aunque sin los pausados giros de Darío. Tampoco podía perdonarle que aquellas ansias de discutir, de profundizar en los temas, de polemizar sobre las cuestiones más variadas, las hubiera trasmutado en rutinas sin interés por lo repetitivas. Pero lo que seguramente jamás se

hubiera atrevido a decir a nadie, lo que ni siquiera estaba dispuesto a reconocerse a sí mismo, lo que de ninguna manera hubiera tolerado impasible que le dijeran, ni aun a su madre, era que ella era más fuerte, mucho más fuerte que él.

Inconscientemente sentía que su discurso no era coherente con la vida que llevaba, pero precisamente por eso se resistía a elevarlo al nivel de la conciencia. Ella fue la que lo puso entre la espada y la pared y lo lanzó a la militancia activa en los grupos de acción directa urbana. Así empezó todo esto, como una aventura amoroso-política, con mucho miedo que disimular y un amor, que por más que se estrujase la cabeza, no podía comprender en qué esquina se separó de ellos. Digo de ellos, porque era evidente, para cualquiera que lo quisiera ver, que Celia había padecido una evolución paralela. No digo que fuera igual, porque su carácter era muy distinto. Cuando ingresó en la Universidad, se podía decir que era tímida, aunque no estoy tan seguro de que en realidad lo fuese. Era callada y retraída; sin embargo, para un observador atento, tras aquellos lentes de aro grueso y claro, descansaban unos ojos, que si no se puede decir que eran hermosos, tal vez porque no toleraban los cosméticos en su proximidad, dejaban vislumbrar los indicios de una voluntad pausada pero firme, de un temperamento cálido e impetuoso. Bastó alzar algunas barreras de un medio familiar desusadamente rígido en esos tiempos, para que se precipitara a borbotones su carácter emocional, arrasando a su paso las últimas compuertas de aquella formación anacrónicamente reglamentada.

Nunca se pudo precisar qué fue lo que lo impresionó de ella la primera vez que la vió, o mejor dicho, la primera vez que registró su presencia. La tarde estaba calurosa. Los azahares invadían el aire con su aroma pálido y penetrante. En vista de la cantidad de gente, se decidió realizar la asamblea en el patio de la Facultad, aquel enorme patio que se prolongaba hacia atrás

en terrenos baldíos donde se suponía que algún día se harían campos deportivos. Más tarde, una semana, un mes, tal vez un año, no importa el momento, aunque para no olvidarlo es mejor decirlo ahora, ella le confesó que se quedó no por interés en lo que se trataría, sino por ver el espectáculo y aprovechar mejor la tersura de la tarde, heraldo de un verano que no tardaría en llegar. Pensó que su madre no se enteraría porque eran horas de clase. Aunque él no podía asegurar en qué momento comenzó a reparar en su presencia, algunas veces evocó un poco avergonzado, que a partir de ese momento impreciso, difícil de ubicar, sus réplicas y sus gestos surgían destinados más a impresionar la cara que enmarcaban aquellas trenzas amarillas, que a convencer a su interlocutor y al resto de la gente de la eficacia de sus análisis y proposiciones.

Luego hubo aquel tiempo en que él, demostrando envidiables dotes de actor, la esperaba en los lugares más inverosímiles queriéndole hacer creer que el encuentro era totalmente casual, que justamente estaba allí desempeñando alguna misteriosa función; traicionándose al ofrecerse a acompañarla y perdiendo el resto de la tarde en conversaciones pretendidamente encubridoras de intenciones no confesadas. Sin embargo, nunca fue capaz de traspasar el umbral decisivo. Para llegar a eso se necesitaba la impaciencia y la resolución que a ella le sobraban. Un mediodía vestido con colores domingueros, cuando caminaban bajo plátanos rejuvenecidos por el calor y la lluvia, lo descolocó por primera vez, como luego haría tantas veces, diciéndole con la mayor sencillez:

- Estuve pensando en nuestra amistad y me parece que ya estamos demorando mucho lo que podríamos llamar la oficialización de nuestro noviazgo.

Mil veces había ensayado él la forma de decir aquello que ella expresaba con tanta naturalidad, sin encontrar nunca la fórmula apropiada, ni el ademán consecuente. Como luego le pasaría tantas veces, secretamente le agradecía aquella decisión que en su interior, con honda desesperación, estaba empezando a creer que nunca encontraría. Cuando se repuso del azoro,

comenzó a proyectar en voz alta, un futuro maravilloso, fruto más de la emoción momentánea que de un análisis riguroso. Y así se inició todo. La oposición de la familia. El apartamento prestado donde se fueron a vivir juntos sin casarse, creyendo escandalizar al mundo entero y ser la envidia de los camaradas del partido. Los inconvenientes de la mutua adaptación, donde fue surgiendo un carácter intransigente y arbitrario que nada tenía que ver con la imagen pública del brillante dirigente universitario. El embarazo, el casamiento apurado y el triste aborto de siete meses por un accidente. El paso a la clandestinidad, tantas veces evitado con sesudos argumentos que ella fue meticulosamente demoliendo con delectación de artista. Las acciones donde participaron juntos, hasta el funesto día en que los compañeros decidieron que fuera ella la que los representara políticamente ante la dirección. Porque aunque no lo quiera reconocer, aunque alegue que eso no tuvo nada que ver con su decisión, la secuencia cronológica de los acontecimientos abre un margen muy ancho a la sospecha, que en mi caso es casi certeza, según la cual su resolución de ingresar en la guerrilla rural, era una forma de eludir el reconocimiento de su derrota personal.

Con una personalidad tan escurridiza, nunca se sabrá si él esperaba librarse de ella, o si por el contrario, esperaba que lo siguiera, como efectivamente hizo. Es posible que en ese tiempo ya hubiera dejado totalmente de amarla, aunque él mismo no lo supiera todavía, lo que daría fuerza a la primera hipótesis. Sin embargo, todo hace pensar que fue en la selva, en las duras condiciones de la vida al aire libre, como le pasó a ella, donde terminó de desvanecerse aquella ilusión vivificante que había durado nueve intensos años.

Para gente criada en el confort de las ciudades modernas, la realidad de la sierra es muy dura. Allí fracasan todas las defensas que la civilización nos enseña. Emocionalmente la gente queda desnuda y no hay matorral donde ocultar aquellas partes de nuestra mente que nos avergüenza sean vistas. Así emergen a la superficie lo mejor y lo peor de cada uno. Amigos que creían conocerse de toda la vida, luego de tres meses en la guerrilla,

descubren con sorpresa no sólo lo extraño que son el uno para el otro, sino también el asombro de no comprender cómo pudieron ser amigos durante tanto tiempo.

Entre Celia y él fue ocurriendo algo similar. Al poco tiempo cada uno se preguntaba sobre los motivos de su unión, aunque sin transmitírselo al otro. Para el resto de los camaradas seguían siendo la pareja ideal, el tipo de relación que todos esperaban alcanzar algún día. Solo una persona estaba al tanto de la situación real entre ellos, por lo menos hasta el punto en que se puede estarlo cuando se trata de sentimientos ajenos. Esa persona era Mariana, una pálida y delgaducha capitalina que se incorporó al monte luego de dos años de intensa y eficaz actividad clandestina en las ciudades. Su incorporación, como la mayor parte de los episodios importantes de su vida, fue decidida por otros. En este caso por quienes dirigían la lucha y temieron alguna flaqueza cuando murió el hombre con quien ella había compartido y para el que había vivido los tres últimos años. En la acción donde él cayó, le sobrevino un ataque de histeria que le pudo costar la vida si el jefe del grupo no la hubiera tenido cerca y arrastrándola del cabello, no la hubiera despegado de aquel cuerpo en trance de ser cadáver, metiéndola violentamente en la camioneta nerviosa que ya se alejaba del lugar.

Cuando Mariana llegó a la sierra era una anciana de veintiún años. Parecía no tener ninguna voluntad de vivir. Celia, cuyo desencanto no sólo era motivado por la mecanización de su amor, sino que descendía ya la cuesta de unos ideales a los que la realidad destrozaba inmisericordemente, la rodeó de una protección especial. En pocos días cada una era para la otra la mejor amiga que jamás había tenido. La diferencia de caracteres estimuló la perfecta complementación. La preocupación por el trance de Celia aceleró la evolución por medio de la cual, Mariana fue recuperando su juventud. De todas maneras, las cicatrices no eran tan viejas y no correspondió a las solicitudes de Servando, un ex-estudiante de medicina cuyos veintiocho años condensaban la historia de los fracasos masculinos en cuestiones amorosas. Todo el mundo sospechaba que la palabra de Celia no era ajena al rechazo, aunque jamás hubo una prueba

concluyente en tal sentido. Es cierto que a Celia nunca le cayó simpático. Por otra parte, ella jamás hizo un secreto de esto y aunque nadie le oyó una palabra en su contra, sus actitudes eran inequívocas. Sin embargo a nadie se le ocurrió que su preocupación por Mariana no debía ocultarle lo importante que para ésta era volver a establecer una relación amorosa. Un clavo saea otro clavo. Además, si tenemos en cuenta que cada vez que Mariana tocaba temas teórico políticos, para los que todavía estaba incontaminada, Celia no le transmitía sus decepciones y amarguras, ya que se hubiera sentido terrible quitándole la fragancia a un capullo recién florecido, no tenemos derecho a pensar que hubiera actuado de otra forma frente a la posibilidad de perder a su amiga íntima por el amor de Servando. De todas maneras, la inexistencia de correspondencia escrita y la actitud tan reservada que ambas observaban con el resto del grupo, hace que este punto sea imposible de elucidar.

Dos semanas atrás se habían incorporado cuatro nuevos. Llegaban optimistas y alegres como la mayoría. Uno era alto, esbelto, médico. No dijo nada pero pronto se supo que había ingresado con nombres falsos, gran cantidad de compañeros en el hospital de clínicas, corriendo un riesgo muy grande. Cuando se descubrió la maniobra, el partido decidió ponerlo a salvo dándole a elegir entre irse a otro país o al monte, puesto que su nombre no demoraría en saltar. Desde el primer día descubrió un talante extrovertido y un muy buen sentido del humor. Cualquier militante con un poco de experiencia podía descubrir en él las cualidades carismáticas que por pocas oportunidades que tuviera, lo llevarían pronto a cargos de dirigencia. Quizá por una vocación mal encauzada, quizá por la influencia que ejerciera en tantos la vida del "Che" Guevara, había hecho saber a todos que no quería ser médico en la guerrilla, sino guerrillero. Y afanosamente se puso a aprender el manejo de las armas y todo cuanto pensaba le pudiera servir para ser un buen combatiente. A Celia no le fue indiferente y ya a la semana creía tener indicios de que ella tampoco lo era para él. Cualquiera que no fuese su marido hubiera notado su preocupación por arreglarse, aunque más no fuera como un síntoma de resurrección, de

regreso de aquellos abismos donde la decepción concurrente del amor y la política la habían hundido en los últimos tiempos. Claro que todo fue transcurriendo en un nivel de discreción y sutileza que no hacía fácil la percepción para los que no estaban en el juego. El conocimiento de las cualidades morales de los miembros del partido, imponía altas cuotas de disimulo que ambos observaban con puntualidad. Algunas miradas demasiado sostenidas, conversaciones donde la alegría ascendía por encima de lo común. Poca cosa para ojos desprevenidos.

Aparte de Mariana que poseía las confidencias de Celia y en forma marginal, participaba entusiastamente, el único que creía haber notado algo era Servando, aunque si se le hubiera preguntado no hubiera tenido nada consistente para alegar.

Cuando, como parte de una mecánica ceremonia, le avisó que iba a poner una emboscada en Itacubí, le llamó la atención aquel destello de sus ojos que delataban en Celia una ansiedad por saber quienes eran los nueve elegidos. No dio mucha importancia y pronto lo olvidó, ya que la despedida tuvo la frialdad normal.

A petición suya, en lugar de partir en la madrugada, lo harían a la media noche, aprovechando la fresca para la caminata.

La tarde se iba apagando con una pereza desusada. El incendio del horizonte era más brillante de lo habitual. Ya no había tareas en el campamento. Los que no estaban de guardia se tiraban en el pasto en pequeños grupos a conversar en voz baja, o se apartaban solitarios, cansados de oír siempre los mismos relatos, a cantar quedamente acompasando recuerdos y pensamientos incomunicables. Quien presenciara semejante imagen de placidez, no podría adivinar que aquella gente estaba haciendo y haciéndose la guerra. Nada más alejado de un ambiente bélico que ese paisaje apacible sedante. El médico conversó con Celia y Mariana por poco tiempo y luego salió como a dar un paseo. Al rato las mujeres también se levantaron a caminar. Servando no les perdía pisada y en cuanto notó que se separaban, decidió

seguir a Celia cuando se perdió entre el follaje, con el silencio y la discreción que había aprendido en los últimos meses. Era uno de los más antiguos en el campamento y tal vez, el que conocía mejor el territorio en varios kilómetros a la redonda.

La noche todo lo encubre, por eso nadie notó la falta de un combatiente. Solo a la mañana siguiente, cuando llegó encabezando el regreso de los emboscados de Itacubí, descubrieron que Servando no había dormido en el campamento. La reacción inicial fue de alegría general, descontando el éxito total de la operación. Las emboscadas se tienden por un lapso no menor de tres o cuatro días. El regreso antes del tiempo fijado supone la realización de la acción. Pero en esta ocasión los hombres no delataban en sus gestos ni el nerviosismo del fracaso, ni la alegría del triunfo. Parecían absolutamente indiferentes. Cuando el comandante Pablo salió a recibirlos, comenzó a develarse el misterio. El, que estaba al mando del grupo, dijo:

- Solicito la inmediata formación de un Consejo de Guerra para informar los motivos por los cuales la acción a nosotros encomendada no se llevó a cabo y para que sea juzgada la combatiente Celia, mi esposa.

Tal vez porque vió una decisión demasiado firme, tal vez porque sabía todo y entendía la situación y compartía sus sentimientos, Pablo no preguntó más y mandó formar el consejo para el mediodía.

Junto con el sol, fue subiendo la temperatura y la tensión. Todo el mundo comentaba lo sucedido y en cada corrillo se bajaba la voz o se cambiaba de conversación cuando llegaba el médico. Este a su vez parecía confirmar su cuota de culpabilidad al no acercarse ni una vez a departir con Celia y Mariana que en el centro del campamento, enfrentaban todas las miradas con una actitud que muchos interpretaron como desafiante. Si alguno se hubiera acercado a hablar con ellas, hubiera visto que no era así. Antes que Mariana tuviera tiempo de pensar algo, Celia ya le había transmitido todas sus preocupaciones. Temía por la suerte de su marido. Sentía que estaba en un momento de depresión, pero nunca había tenido

una prueba tan palpable de ello como en esta ocasión. ¿Cómo era posible perder la cabeza al grado de suspender una acción que costaba tanto preparar por un motivo estrictamente personal que para nada incumbía a los niveles militares ni políticos? Dentro del ejército regular, una cosa así podía ser considerada gravísima, hasta desertión, lo cual podía costarle el fusilamiento. Qué tremendo sería ser fusilado por los propios compañeros de causa, por una debilidad mometánea. No creía que en este caso se manejaran con los criterios del ejército, pero de todas maneras el castigo debía ser severo y las consecuencias fatales para él, que ya estaba al límite de sus fuerzas morales. Si ella, como bien sabía, no significaba nada para él, ¿qué pudo inducirlo a tomar esa determinación descabellada? Felizmente los miembros del consejo eran sus amigos y cabía esperar mucha comprensión y clemencia de ellos, pero aún así ¿hasta dónde podía llegar su tolerancia sin producir un relajamiento general de consecuencias insospechadas?

Mientras daban vueltas a estas ideas, comentaban las caras y gestos de los demás, sin pensar que sus risas esporádicas, un tanto nerviosas, pudieran ser vistas como el colmo del descaro y la inconciencia.

A mediodía el bochorno y la humedad aplastaban todo ser viviente contra la tierra. Hasta hablar en voz alta podía parecer una tarea hercúlea. El Consejo se reunió con aspecto desganado. El sudor y el cansancio adornaban las caras de los mandos y humedecían sus camisas en las axilas y la espalda. Celia fue llamada a declarar luego de la exposición de su esposo. Trató de defenderlo, acusando a Servando en lo personal y a la sociedad en sus valores en lo general. Relató lo ocurrido sin entrar en detalles humillantes y manifestó su voluntad de divorciarse. Allí pudo tener un indicio de cómo iban las cosas cuando un capitán comentó: "debió haberlo hecho antes" pero no prestó atención a sus palabras porque estaba demasiado preocupada por él. Luego se retiró a esperar. Varias personas fueron llamadas a declarar, personas que en su parecer no tenían nada que ver con el asunto y poco podían saber. Servando fue el que estuvo más tiempo. Cuando luego de cuatro horas de tomar declaraciones, el

Consejo se retiró a deliberar, le llamó la atención que el médico no hubiera declarado y que a Mariana no se le permitiera hacer la deposición que voluntariamente intentó. Pero ni aún así, se le ocurrió pensar en ella misma.

A las seis de la tarde se hizo formar a toda la unidad. El Consejo se presentó a leer el fallo, pero antes de hacerlo, dieron orden de que se le quitaran las armas. En ese momento, sin tiempo ni ánimo para cualquier tipo de reacción, sintió que sus preocupaciones del día habían estado puestas en quien no correspondía. La lectura de la sentencia no agregó más que precisión a lo que adivinó diez minutos antes. La ejecución, dirigida por el propio Pablo, se llevó a cabo de inmediato, lo que le dio poco tiempo para pensar en la forma paradójica en que terminarían sus esperanzas de libertad y justicia social. Solo pidió que no pusieran ninguna cruz ni ninguna marca en su sepultura. De la única que se despidió fue de Mariana. Como tantas otras cosas de su vida la escena fue lo contrario de lo que debió ser. Ella tuvo que consolar a la joven, que por su desesperación parecía la condenada.

La oscuridad traía consigo la bendición del aire fresco. El silencio era total. Había grupos pero nadie hablaba. Esa noche el sueño se resistía a entrar en el campamento. Un malestar generalizado e indefinible se expandía por el suelo, envolviéndolo todo hasta salir por las caras. El letargo se rompió cuando se oyó el disparo. Pablo dio las órdenes adecuadas para una fuga rápida, luego de localizar y conocer el número de las fuerzas enemigas. Cuando la patrulla de reconocimiento, en lugar de un informe estimativo trajo la certeza exacta de la cabeza desecha de Mariana, se desmontó el operativo evacuación. Por primera vez un episodio importante lo decidió ella misma. Las calibre 45 son demasiado destructivas para un cráneo tan frágil. Se la enterró cerca de Celia y del río. Se pensaba que allí, la humedad haría desaparecer antes toda huella de inhumación.

NOTA: Algunos meses más tarde de estos sucesos, a favor de una amnistía del gobierno, la guerrilla no operaba más en la zona. Sus miembros se instalaron en el extranjero y algunos hicieron bastante fortuna. Con el tiempo, la mayoría regresaron al País y son gente respetable.